

"EL GRAN AMOR DE BECQUER"

Productores y Artistas de América y Film Andes. Productor y Director, Alberto de Zavalía. Argumento cinematográfico de María Teresa León y Rafael Alberti. Fotografía de José María Beltrán. Música de Julián Bantista. Elenco: Delia Garcés, Esteban Serrador, Josefina Díaz, Pedro Codina, Andrés Mejuto, Susana Freyre, Juan Serrador, Domingo Márquez. Estrenada en el Rex Theatre el jueves 30 de octubre.

Ni la vida ni la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer proporcionan pretexto suficiente para un melodrama cinematográfico. En ambas el contenido anecdótico (fechas, sucesos reales, personas) desplaza poco volumen o es de tal trivialidad que no merece subrayarse. Lo que importa es que de esa pobreza, de esa cotidianidad, Gustavo Adolfo haya sabido extraer una poesía cargada de esencias, una lírica que aún hoy se mantiene pura, inalterada, pese a los meritorios y esforzados ataques de la cursilería finisecular que se ensaña —con amor, con entusiasmo— en ella.

María Teresa León y Rafael Alberti sabían todo esto perfectamente. Sabían que la dramatización de un episodio amoroso de Bécquer era imposible. Era imposible a menos que tomaran de la verdad histórica sólo los nombres. Y eso hicieron. A Gustavo Adolfo Bécquer y Julia Espí (sólo los nombres) juntaron algunos poemas de Bécquer. Lo demás lo aportaron ellos.

Ante tal actitud, ¿qué importa que Bécquer, el Bécquer real sólo haya visto a su Julia tres o cuatro veces? ¿Qué importa que Julia se haya casado con su novio Ramón Rodríguez Correa, amigo del poeta, en vez del calderoniano e irreal capitán Orellana? Finalmente, ¿qué importa que Bécquer hubiera tenido otros amores, otras pasiones (no tan ingravadas y de las que dejan huellas en la carne), otros motivos poéticos, que hubiera aprendido a odiar y a ser cruel, que hubiera cultivado una pura soledad, un mundo interior al que se entregó anonadado?

El film prescinde de todo esto o lo adultera. Ofrece, en cambio, un poeta unilateral: quejumbroso y afeminado galán, que se entretiene en románticos ensueños de muchacha quinceañera, que se halla desplazado tan a segundo o tercer plano por su dama, por el recitado de los poemas del otro Bécquer, que apenas si se le distingue entre los pintados telones. Los argumentistas y el director instalan a Julia Espí en primer plano. Esta Julia ama a un poeta tímido y esquinero (casualmente llamado Bécquer); en cementerios ruinosos, en jardines otoñales, se juran eterna fidelidad. El señor Espí interviene: quiere casar a su hija con el capitán Orellana, así afianzará su posición política, sus garbanzos. La niña se niega, está pronta a huir. Pero el capitán ha matado en duelo a un hombre, por defender su honor y ella está obligada a casarse con el reparador de su honra. Una última tentativa: Julia entrega a su hermana menor un billete para el poeta. Allí le propone la fuga. La hermana —casualmente enamorada del mismo poeta y distraída por un complejito freudiano— rompe el billete. Esa patentada maldad separa definitivamente a los enamorados. Julia casa con Orellana. El poeta se va de viaje. Un día —dos años después— sus almas se llaman y

se entabla un diálogo inalámbrico. La dama se tira al agua y muere. El poeta recoge orillas de un río —otro río— una paloma muerta. Pocos metros después él también muere, ayudado por la tuberculosis. Para amenizar esta espantosa tragedia la voz de Esteban Serrador y la de María Teresa León recitan algunas rimas.

La presentación material de esta ópera romántica (en el peor sentido de ambas palabras) es bastante buena. La música y la fotografía es casi siempre excelente. La escenografía tiene aciertos. (Hay, para compensar, algún telón demasiado evidente, algún decorado chillón). La labor del director es discreta. Los actores tienen poca defensa ya que el diálogo los desampara. Serrador se pasea con cara de aburrido, o recita. Delia Garcés —siempre en primer plano— luce sus encantos, pero no aprendió aún a representar es meritoria, sin embargo. El resto del elenco oscila entre lo canallesco (un Rossini apócrifo que parece el Golem de Paul Wegener y lo mediocre (Mejuto asfixiado en el uniforme de Orellana).

Hay un solo motivo que justifique esta falsificación de Bécquer. Parece innecesario decir que ese motivo no hay a nadie.